

## CONFERENCIA ESCOLAR

### EL VICARIO DE JESUCRISTO

Habiendo resuelto Nuestro Señor Jesucristo hacer de su Iglesia una monarquía de la cual había de ser El rey invisible, y jefe visible uno de sus Apóstoles, nos lo presenta el Evangelio ocupado en revestir a aquel su delegado del poder real que ha de ejercer sobre las almas. ¿Queréis seguirle en la formación de esa soberanía espiritual en la persona de Pedro?

La primera concesión es la primacía; esto es, el primer rango entre sus hermanos. Abrís el Evangelio, y lo primero que os llama la atención es que, en el seno de aquel Colegio formado por doce pescadores, iguales en ignorancia y en rudeza, ocupa invariablemente el primer lugar aquel hombre en quien todo promete y presagia al jefe de la futura Iglesia. En la revista que de aquella pequeña columna pasa a veces el Evangelio, en confusión y sin orden se nombra a los once Apóstoles: siempre y en todas partes se nombra a él el primero. *Primus erat Simon, qui dicitur Petrus.* Los envía a predicar el Maestro: todos están allí; pero todos después de él y sin orden. El primero de todos encargado de la misión es él: *Petrus, et qui cum illo erant.* Les pregunta el Maestro sobre su fe en el Cristo, y él es el primero en responder en nombre de todos. Enseña Jesús a las turbas tendidas en la playa; para esto ha tomado una lancha desde donde dirigir la palabra, y Pedro, siempre él, proporciona esa cátedra a la divina palabra. Aparece a sus discípulos Jesús después de la Resurrección, y el único, cuyo nombre expresa el Evangelio, es Pedro: *Apparuit discipulis et Petro. Visus est Cephae, et post hunc undecim.* Dos van corriendo al sepulcro del Salvador, y él es el que de hecho y de derecho entra el primero. El día de Pentecostés, el presidente, el jefe, el que se pone de pie en el Cenáculo, y levanta allí la voz es él: *Stans Petrus cum undecim, levavit vocem.* Después que desa-

parece Jesucristo, no hay en la Iglesia más que un solo primero, siempre el mismo, que forma las juntas, que preside, que decide, en quien residen todas las iniciativas y todas las decisiones, y ese primero es él.

¿Y no hay en ese orden siempre invariable una revelación de las intenciones de Dios? ¿no es capaz de constituir ley tal hecho constantemente repetido? Porque en fin, ¿de dónde le viene a ese hombre un honor semejante? No fue el primer llamado, no es el más instruído, ni el más amado, ni el más fiel. Si es, pues, el primero, es porque así lo ha querido el Maestro; pero su voluntad es ley, y esta primacía de rango es ya presagio de una superioridad real, efectiva, que no tardará mucho en afirmarse más y más con hechos de importancia suma.

En efecto, hijos míos, después de la primacía, le concede Dios la autoridad, porque el soberano que ha puesto Dios, no es de los que mandan y no gobiernan.

Cuando llama el Señor a Abraham para hacerle padre de un gran pueblo, le cambia el nombre: *Nec ultra vocabitur nomen tuum Abraham, sed appellaberis Abraham, quia patrem multarum gentium constitui te.* Hace lo mismo con el pescador Simón, hijo de Juan, y le dice: «No te llamarás más Simón.» Y después dándole un nombre nuevo como por acto de su poder creador: «Tú eres Pedro, le dice, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.» ¡Extraña palabra, hijos míos! La encuentro en San Pablo, y veo que este nombre lo tenía el mismo Cristo: *Petra autem erat Christus.* San Pedro ha sido llamado para reemplazar, para continuar a Jesucristo, y ved el cumplimiento de las promesas de Dios.

Hay en Jesucristo, Hijo de Dios, tres atributos que son de su esencia divina. Primero *el poder*: Se me ha dado todo el poder en el cielo y en la tierra. Pues esta plenitud de poder sobre la Iglesia universal, la confirió a aquel que hizo Piedra, esto es, fundamento y sostén de su obra. Y después de darle ese nombre,

que es nombre de fuerza, lo hizo, lo constituyó señor de su casa, dándole las llaves, señal de esa posesión y de esa autoridad: *Tibi dabo claves regni coelorum.* Y añadió en seguida: «Todo lo que atares en la tierra, atado será en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en los cielos.» De esta manera extendía la jurisdicción de San Pedro sobre nuestras dos patrias, la del cielo y la de la tierra, y un hombre venía a hacer en todo el sustituto de Dios.

En segundo lugar, Jesucristo tiene la *verdad*: *Ego sum veritas.* Y siendo infalible la verdad en el Verbo hecho carne, infalible debía ser también en la Iglesia. Y ved por qué antes de entrar Jesús en la agonía, se dirigió a Pedro, jefe de su doctrina, y le dijo: «Simón, Simón, mira que Satanás os ha pedido para zarandearos como trigo, mas yo he rogado por ti, *que no falte tu fe*, y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos.» En aquel día recibió Pedro, de las mismas manos de Dios, la doctrina de la verdad, el inalienable depósito y el infalible magisterio.

En fin, Jesucristo es *amor*; y el gobierno de la Iglesia no debía ser sólo gobierno de *autoridad*, gobierno de *verdad*; debía ser gobierno de *caridad*: *Deus charitas est.* El príncipe y el doctor debía ser también pastor, y lo entendió así Jesucristo, y así lo declaró, cuando, después de su Resurrección, antes de salir de este mundo, preguntó primero a San Pedro: ¿Me amas? ¿Me amas más que los otros? Y respondiéndole Pedro que le amaba verdaderamente, tomándolo a él mismo por testigo de su amor, a aquella mayor manifestación de amor contestó Jesús, dándole un mayor ministerio de amor. Era el ministerio de la caridad pastoral, suprema, universal: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.» Y como el buen pastor da su vida por sus ovejas, anuncia a Pedro que, como El, tendrá el honor de ser puesto en prisión y condenado a muerte. Acababa de decirle: «Sé pastor.» Inmediatamente le dice: «Sé mártir.» Había puesto en sus ma-

nos el báculo: ahora le pone la cruz. Y así en un mismo discurso recibe Pedro de la mano de Dios el derecho de conducir todo el santo rebaño de las almas, y el deber de amarlas hasta morir por ellas, no teniendo en todo esto más que seguir el ejemplo y los pasos de Aquel que acaba de hacerle vicario suyo en todo y para siempre: *Tu me sequeré*.

Ved aquí, hijos míos, en tres párrafos los títulos auténticos de la divina institución del soberano Pontificado de San Pedro en el mundo. Ved cómo ha podido decirse en cierto modo: Donde está Pedro, allí está Cristo. El espíritu de crítica y de herejía ha podido atacar a tal o cual palabra del Dios-Hombre; pero, como la lima, esas palabras han gastado los dientes de la crítica que difícilmente se desata ese triple haz de verdades que tan bien unidas aparecen unas con otras. Juntas forman el granito sobre el cual descansa el edificio de los siglos: *Tu es Petrus*. Por más que trabaje el infierno para hacerle bambolear, jamás prevalecerá contra su solidez: nos ha garantizado la seguridad el mismo Arquitecto divino. Resguardémonos bajo sus sagradas bóvedas, como lo hicieron nuestros padres, y cuando veáis que vacila en vosotros la fe, cuando palidezca su lumbré, básteos iluminaros por esos tres hermosos y resplandecientes rayos de la divina palabra; bastarán ellos para afianzaros en vuestras creencias católicas, proyectando sobre la divina estructura de la Iglesia romana los esplendores de su celestial claridad.

¿Será necesario explicaros que esta supremacía conferida al Jefe de la Iglesia, y que es parte esencial de la constitución de la misma, debe durar tanto como la Iglesia misma, y que de la cabeza de Pedro debe pasar a la cabeza de todos sus sucesores? Habiendo ese primer Papa fijado su silla en la ciudad de Roma,

¿no sabéis que Roma ha pasado a ser la capital del mundo católico, y que los poderes de Pedro se han transmitido de derecho divino a los obispos romanos que le han sucedido? Que los papas se han visto obligados a salir de Roma, a morir en el destierro: no importa. En Rávena, en Salerno, en Aviñón, en Savona, en Fontainebleau, en Gaeta, el Papa es siempre obispo de Roma; y con este título, donde quiera que esté, ejerce siempre sobre esa ciudad y sobre el mundo entero ese triple poder de jefe, de doctor y de pastor que ha recibido de Dios, y que le reconoce la universal Iglesia.

El Papa, lo mismo que Pedro, es jefe supremo de la Iglesia, y en ella hace uso de toda su autoridad. Quien no la reconoce en toda su integridad, es rebelde; quien a ella se sustrae, es anatema, esto es, echado de su seno; quien de ella se separa, es cismático, esto es, separado de su unidad. Ha visto grandes naciones, como Rusia e Inglaterra, que han roto los lazos que a ella las ligaran: lo ha deplorado, pero no ha habido consideración alguna que le haya hecho abdicar. Con más sabiduría que la Revolución francesa ha podido decir: «Piérdanse las colonias, antes que renunciemos a uno solo de nuestros principios.» Si quieren separarse las colonias, la falta es de ellas, y de ellas también la ruina. Las llora, las deja partir; su autoridad queda incommovible.

El Papa, lo mismo que Pedro, es doctor supremo, maestro de la doctrina y de la verdad. A él toca repartir el pan de la doctrina. Por eso de Roma, de los pies del Papa, parten los misioneros encargados de enseñar a todas las naciones. Inmensa es la circunferencia de este círculo, y su centro siempre es Roma. La esfera de esos rayos de doctrina que parten en todas direcciones es infinita: el foco es siempre Roma. Roma dirige, Roma ilumina, Roma inspira, y, como escribió ya San Pablo a los romanos, la fe romana es la fe del mundo: *Fides vestra annuntiaturo universo*

*mundo.* Después fue necesario defender la doctrina, y Roma la defendió. Se combatió en todas partes: en Alejandría, en Antioquía, en Constantinopla, en España, en la Gran Bretaña, en las Galias, en Oriente y en Occidente. No importa el lugar donde aparezca el conflicto. Roma será siempre la corte soberana a que acudirá la Iglesia en busca de una decisión suprema. Y una vez pronunciada la sentencia en tan alto tribunal, el asunto está concluido. El juicio de Roma es inapelable. Esta fue siempre la máxima de los Doctores: *Roma loquuta est, causa finita est.*

Era además necesario definir la doctrina, aclarar las sombras, fijar los descubrimientos y formular las conclusiones. Tal fue todavía la misión de los sucesores de Pedro. Cada herejía daba origen a nuevas discusiones; cada discusión a una apelación a Roma; cada apelación a una definición precisa del dogma. Así, de las tinieblas del error brotaba más esplendorosa la luz. A veces formulaba el dogma un Concilio; mas el Concilio estaba y debía estar siempre sometido a la autoridad del Papa. Otras veces era el mismo Papa el que hacía la aclaración, como el día de que guardan memoria vuestros padres, en que el inmortal Pío IX definió como artículo de fe el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen María. El siglo presente ha visto lucir para la Iglesia un día de esplendor infinito. El mismo Pontífice soberano, dando fin a la construcción interior de la Iglesia, en su nombre y en el de los obispos del mundo entero reunidos en el Vaticano, hizo entrar en el *Credo* de la Iglesia la infalibilidad doctrinal del Papa, coronando así el movimiento de concentración de las cosas católicas en derredor de la Santa Sede; ha sido el más maravilloso fenómeno de estos tiempos y el progreso más grande de este siglo.

En fin, como Pedro, es el Papa pastor y padre universal de las almas: *Pasce oves meas.* Y en efecto, del Papa, de Roma viene la institución canónica de los

obispos que son las madres del rebaño, como los nombran los intérpretes de la divina palabra. De allí, como de la fuente, sale la dispensación de las gracias, del perdón, de las bendiciones y de las consagraciones que purifican, santifican y fertilizan la tierra espiritual de las almas. De allí también vienen las leyes del culto, de la oración, de la disciplina; en una palabra, todos los tesoros de esa munificencia espiritual, que no es sólo la acción de la autoridad y de la verdad, sino también de la caridad en toda su expansión, abrazando y uniendo los fieles de este mundo y del otro, y transmitiendo a las Iglesias militante y purgante los divinos dones del cielo.

Ved, hijos míos, la triple corona, la tiara que la mano de Dios ha puesto en la cabeza del Romano Pontífice, y no es, lejos de eso, una corona de rosas. La han comprado cara los Papas; y si queréis saber cuánto les cuesta gobernar, enseñar y amar a los hombres, no tenéis más que ver en la historia ese largo reguero de sangre, que partiendo de las catacumbas, atraviesa los primeros siglos del cristianismo; ese largo reguero de lágrimas que, atravesando la edad media, llega hasta nuestros días entre los cadalsos, las prisiones y los destierros; es el camino del papado en su marcha de veinte siglos. Se ha cumplido la última palabra del Señor al Príncipe de los Apóstoles; no han faltado a Pedro ni las cadenas ni la cruz: *Alius cinget te... tu me sequere.* Ha marchado y marcha todavía, siguiendo las huellas del Maestro.

¡Oh Roma! si alguna vez has sido para tus Pontífices lugar de sufrimiento y sacrificios, lo eres ciertamente hoy. Para ellos hasta los palacios se han cambiado en prisiones; y mézclase con los oráculos que descienden del Vaticano suspiros que conmueven nuestras entrañas, y despiértanse ternuras que jamás han

tenido iguales los corazones más compasivos. Pero en medio de esos dolores no veo yo desfallecimiento, y voy a daros, hijos míos, un testimonio que es uno de los más hermosos recuerdos de mi existencia.

La última vez que tuve el honor de ser admitido en audiencia privada por Pío IX, me acuerdo que aquel gran Papa me hizo la siguiente pregunta: «¿Pensáis ir a Sicilia a la peregrinación de Santa Lucía de Siracusa?» Y continuando después con aquella efusión de alma que le ganó tantas simpatías: ¡Ah! ¡Santa Lucía! dijo, ella anunció que después de Diocleciano y Maximiano gozaría de paz la Iglesia. Pero no fue más que por un momento, *un momentino*, y no tardó en encenderse de nuevo la guerra contra ella. Es que, como veis, la Iglesia no se ha hecho para la paz; pues es Iglesia militante, el militar debe militar. Sólo combatiendo se ganan las batallas. Tengamos confianza, *confidenza*, combatamos; se nos ha prometido la victoria, y la obtendremos con seguridad.

MONSEÑOR BAUNARD

### Grado en jurisprudencia

Luis Angel Rodríguez, boyacense, se distinguió en el Colegio por su intachable conducta, su consagración al estudio y su porte caballeroso y correcto. Alcanzó merecidamente la colegiatura de número y el puesto de inspector de los alumnos internos.

En el pasado julio, obtuvo el grado de doctor en jurisprudencia, presentando una buena tesis sobre un asunto estudiado en la clase de hacienda pública: la incidencia y traslación de los impuestos. Fue su presidente de tesis el señor doctor Estéban Jaramillo, y examinadores, los doctores Miguel Abadía Méndez, Alberto Suárez Murillo y José Antonio Montalvo.

Felicitemos al querido condiscípulo y amigo y le auguramos, con la ayuda de Dios, una fecunda carrera.

## REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO.—FILOSOFÍA.—CIENCIAS.  
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 0,20 oro

Suscripción por año (adelantada)..... 2,00 »

Número atrasado..... 0,30 »

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, Secretaría del Colegio del Rosario, calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad siempre que venga el valor del pedido.

No se admiten remitidos ni anuncios.



Universidad del  
Rosario

Archivo  
Histórico

**DE VENTA**

## Historias y Cuentos

para los estudiantes del Colegio del Rosario, por R. M. C., colegial de número, a ochenta centavos oro el ejemplar empastado. Hállase en la *Librería del Mensajero*.

## Lecciones de Metafísica y Ética

dictadas en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

POR

**Rafael María Carrasquilla**

segunda edición, corregida y ampliada.

DE VENTA

en la *Librería Colombiana*, a dos pesos oro el ejemplar empastado.

A los pedidos de fuera agréguese un diez por ciento para portes recomendados de correo.

---

DEL MISMO AUTOR

## Sermones y discursos escogidos

En la *Librería Americana*, a un peso sesenta centavos oro el ejemplar empastado.